

« con ideas y principios opuestos, y quien quiera gobernar con los principios de todos los partidos, lo que en realidad quiere es corromperlos á todos, para que le entreguen su fuerza, su honor, su inteligencia, su presente y su porvenir..... »  
 « Cuando el soberano se vuelve verdugo, no tiene otros partidarios, siempre desleales, que los corrompidos. »

Después de este arranque, netamente jacobino, con el que fulmina la conciliación, el Sr. Bulnes glorifica la expresión más genuina del jacobinismo, *la demagogia*, diciendo:

" . . . . . los asesinatos del 11 de Abril de 1859 en Tacuba ya palidieron hasta perder sus espesas manchas ante las hecatombes sistemáticas, jurídicas, tranquilas, frías de las Cortes marciales, funcionando con su magistratura de odio, de delación, de deshonor de la fuerza.

" Cuando la sociedad sintió el olor de cuartel, de barbarie, de sangre coagulada, propio de las Cortes marciales, sintió la ausencia del PARTIDO DEMAGÓGICO inmensamente humano; sintió en ese partido todos los nervios de la nacionalidad, todo el calor del hogar, todos los glóbulos de la misma sangre, los recuerdos de la misma infancia, los remordimientos de los mismos horrores; sintió en él (*partido demagógico*) el amor patrio precipitado en el fondo histórico de la gran familia mexicana, enloquecida y desgraciada. "

Pero si en las páginas antes citadas vemos al Sr. Bulnes resurgir como un jacobino y perfecto demagogo, en la siguiente, en la 532, lo admiramos marchando más allá y diciendo:

" En la anarquía el tirano es anónimo, es *todo el mundo*, es la libertad, es algo *de grande por su idea*, por su forma, por su estrépito. "

¿Qué llegará el Sr. Bulnes á ser un anarquista?

Lo que es en sus ideas, en sus opiniones políticas y en su criterio histórico, hay mucha anarquía ya.

## CAPITULO III

## JUAREZ Y LA PLEYADE DE HEROES REPUBLICANOS

Después del imperio férico que inventó el Sr. Bulnes y que acabo de desbaratar, hay dos capítulos en el libro de aquel autor que llevan el mismo título "*El más poderoso aliado de Juárez*," y que no tienen importancia alguna.

En ellos se dice lo que todos sabemos, lo que con soberana intuición previó el Sr. Juárez, que el Imperio no era perdurable y que Maximiliano era incapaz de gobernar y de sostenerse, ni aun con las bayonetas francesas.

Con superabundancia de pormenores, y en momentos en que su talento tomó su orientación normal, estudia el Sr. Bulnes en los capítulos citados los graves errores que cometió Maximiliano, las deficiencias intelectuales y morales de éste, y los elementos disolventes y corrompidos que informaron el imperio.

En esos dos capítulos, el Sr. Bulnes, como un verdadero jacobino, combate la política de conciliación que adoptó Maximiliano y que fué uno de los factores de su pérdida; revela la deslealtad con que el archiduque trató y quiso resolver el conflicto religioso que trajo la intervención que no era reaccionaria, á pesar de que la solicitaron los reaccionarios y los prelados mexicanos; la falta absoluta de una Constitución imperial, lo que engendró una autocracia *ultra-personal* sin cohesión ni fuerza administrativa; la torpe elección del personal directivo de que se rodeó el Emperador, compuesto de extranjeros voraces, ambiciosos é ignorantes, como Eloin el trovador de canciones picarescas; la indolencia de Maximiliano á quien repugnaba todo trabajo serio y prolongado, su neurotismo político, y la versatilidad de sus ideas y de sus juicios; el despilfarro con que agotó el archiduque las rentas públicas y los empréstitos, lo que lo arrastró á la miseria y no le permitió organizar un ejército mexicano; el desprecio de todo principio y la corrupción clerical y administrativa

que imperaron bajo aquel gobierno; el establecimiento de las Cortes marciales que hicieron imposible toda unión entre el imperio y los mexicanos; y, por último, la cuestión económica, bien delineada por el Sr. Bulnes, quien demuestra con cifras la ruina, la bancarrota del tesoro imperial y por consiguiente la muerte forzosa del imperio.

He aquí el resumen de las setenta y dos páginas que contienen esos dos capítulos, en los que nada encuentro digno de discusión.

Y sólo tengo que decir que no hay buena fe en el Sr. Bulnes al suponer que el cáncer mortal que devoraba al imperio era un aliado del Sr. Juárez.

Sería un accidente concomitante, una coincidencia que haría más fácil y seguro el triunfo de la causa que sostenía el Sr. Juárez; pero eso no amengua la infinita gloria del invencible patricio.

Pero el Sr. Bulnes no se digna conceder al Sr. Juárez ni un sólo mérito, ni un átomo de gloria: y con su teoría no hay héroes ni grandes hombres, porque cuantos brillan en la historia han contado con un medio ambiente y una época favorables para sus triunfos y sus hazañas.

Hay, sin embargo, en esos capítulos algo y aun algo que merecen consignarse como signos de la locura razonada del Sr. Bulnes.

En la página 488, por ejemplo, se lee lo que sigue:

"El que dijo *"La unión da la fuerza,"* ha causado más víctimas en política que la pólvora en la guerra. ¿Qué clase de fuerza da la unión? *Diez mil cotorras humanas, por unas que se manifiesten, jamás producirán el canto de la Patti.* Los doscientos millones de negros africanos, aunque se unan dentro de las planchas de una prensa hidráulica, no harán ni uno sólo de los descubrimientos de Edison. Todos los hombres existentes en el mundo no correrán, por unidos que estén, lo que un caballo árabe. ¿Se trata de obtener por la unión fuerza militar? Un ejército no es una unión sino una organización. Las sociedades industriales son la prueba de que la unión da la fuerza. Un millón de accionistas, exhibiendo doscientos pesos cada uno, dan el capital posible para canalizar el Istmo de Panamá; pero sin los ingenieros que conciben la obra y la dirigen, el istmo no se canalizaría

"con los doscientos millones. La fuerza sin la inteligencia es siempre una catástrofe, y la unión, en los casos en que puede dar fuerza, necesita, para ser útil, dar una fuerza inteligente."

Es preciso desbaratar ese puñado de brillantes paradojas para que el lector no se alucine.

El Sr. Bulnes no cree, primero, que la unión da la fuerza, y después confiesa que sí la da.

Y las pruebas de su negación cuando no son graciosas, son contraproducentes.

Diez mil cotorras humanas, dice el Sr. Bulnes, por unidas que se manifiesten, *jamás producirán el canto de la Patti.*

Yo no conozco más cotorras humanas que las parlamentarias, aquellas de que hablé una vez al Sr. Bulnes; pero no ha de referirse á estas el escritor, y quizá nos hable de esas pobres ancianas devotas que se viven en los templos rumiando alguna oración.

Pero en fin, supongamos que hay cotorras humanas; indudable es que ni reunidas diez mil de ellas podrán producir el canto de la Patti.

Conforme estoy en esto con el Sr. Bulnes, aunque desearía que me desvaneciera una duda que tengo:

¿Qué será *fuerza* el canto de la Patti? ¿cuántos caballos de fuerza tendrá una ária de la Patti?

Y la misma duda tengo respecto á si la admirable voz de la Patti tendrá ó no acción alguna política, porque á ese género de acción se refiere el apotegma de que *la unión da la fuerza.*

Dice el Sr. Bulnes que doscientos millones de negros africanos, aunque se unan dentro de las planchas de una prensa hidráulica no harán uno solo de los descubrimientos de Edison.

¿Qué también esos procedimientos serán una fuerza capaz de derrumbar á un tirano, de hacer una revolución ó de elevar al poder un partido?

Pregunta el Sr. Bulnes si se trata de obtener fuerza militar por la unión, y contesta que un ejército no es una unión, sino una organización.

Es verdad; pero en esa organización forzosamente hay unión de entidades militares, sin lo cual no habría organis-

mo perfecto, es decir, ejército capaz de producir una fuerza militar.

Dispérsense esas unidades y se acabará el ejército y con él la fuerza.

Un millón de accionistas, dice el Sr. Bulnes, exhibiendo doscientos pesos cada uno, dan el capital posible para canalizar el Istmo de Panamá; pero sin ingenieros que conciban y dirijan la obra el Istmo no se canalizaría con los doscientos millones.

Pues yo digo que ni con esos millones y los ingenieros se abriría el canal de Panamá si á los millones y á los ingenieros no se unían muchos miles de peones que ejecutaran ese trabajo.

Luego ya vé el Sr. Bulnes que para realizar una obra colosal se ha necesitado no una fuerza, sino la unión de tres fuerzas, inteligencia, dinero y brazos.

Mas al terminar su párrafo el Sr. Bulnes retrocede y dice que los casos en que la unión puede dar fuerza se necesita que dé una fuerza inteligente.

Y en este barrullo de ideas se pierde la inteligencia del Sr. Bulnes, y no sabe cómo salir del laberinto de sus paradojas.

Porque al concluir su párrafo advirtió que estaba demostrando lo contrario de lo que pretendía probar, pues le resultó que sin la unión de inteligencia, capital y jornaleros no se canaliza un istmo.

Para una obra material, arrastrar una gran mole ó un carro muy pesado se requiere la unión de muchas mulas ó de algunas yuntas de bueyes.

Para una acción política se necesita la unión sólida é inteligente del partido que intenta consumarla. Si los miembros de ese partido no están unidos, no tendrá fuerza para realizar sus planes, y si emprende una lucha política será vencido por el partido contrario.

Lo que es absurdo es la unión de partidos antagonistas; en eso estoy conforme con el Sr. Bulnes.

Hojeando las páginas de esos dos capítulos, en la 533 me

encuentro un admirable concepto del Sr. Bulnes, que recojo por que comprueba algunas de mis afirmaciones.

Dice el Sr. Bulnes:

"La magnanimidad de Maximiliano, es prueba de hipocresía. Los franceses fueron lógicos; *habían forjado la voluntad nacional monárquica con bayonetas*, era natural que se propusiesen sostenerla con suplicios."

Luego no es verdad lo que antes y repetidas veces ha, bía escrito el Sr. Bulnes, que la nación cansada de anarquía de miseria y de guerra civil había aceptado como un medio de salvación el imperio.

Sigo recorriendo el libro del Sr. Bulnes, y llego á su quinta Parte, "LA JUSTICIA" y al primer Capítulo de ésta, intitulado "*Presentación de Grandes Culpables*."

Este capítulo no afecta al objeto de mi obra, pues sólo se ven repetidos en él los cargos que antes había hecho el Sr. Bulnes á Almonte engañando á Napoleón presentándole una falsa situación política de México, á Napoleón engañado, como todos los césares, por sus aduladores, á Saligny forjando reclamaciones falsas y á Bazaine, ambicionando el poder para sí propio.

Pero en esa *cuerda* de corrompidos y ambiciosos ata el Sr. Bulnes como un gran culpable á quien menos pueden imaginar los lectores.

¿Quién se figuran mis lectores que fué, según asegura el Sr. Bulnes, el que trajo la intervención francesa á México, el que hizo que Francia derramara aquí á torrentes su sangre y su oro, y fué la causa determinante de la caída del imperio y del fusilamiento de Maximiliano?

Pues fué, maravílese el lector..... ¡el Barón de Humboldt!

En la página 575 dice el Sr. Bulnes:

"La cabeza era francesa, su instrucción francesa; M. Langlais había consultado *al Barón de Humboldt* cuidadosamente, como lo declaraba *l' Estafette*, y había encontrado que un país tan *fabulosamente rico como México*, bien podía dar cuarenta millones de pesos anuales para pagar á su gobierno."

Y ese párrafo termina de este modo:

"*El Barón de Humboldt* continuaba cumpliendo su sagrada misión de trastornar cabezas de estadistas, conquis-

"tadores y príncipes. La obra de M. Langlais tenía que fracasar irremisiblemente."

Dicho capítulo del libro del Sr. Bulnes, termina como sigue:

"El Barón de Pont, contestando la carta de Dn. José María Gutiérrez Estrada, en que este caballero le participa la muerte del Padre Miranda, dice que el Archiduque se dedicó en Miramar á estudiar el español, á leer la *Historia de México* por Dn. Lucas Alamán y el *Ensayo Político sobre la nueva España* por el Barón de Humboldt. Jauret asegura que Almon-te convenció á Napoleón de la riqueza de México con la autoridad de *Humboldt. L'Estafette* aseguró que M. Langlais había consultado igualmente á *Humboldt* y probable es que el Duque de Morny, para dedicarse á robarnos millones, haya calculado sus negocios con la obra de *Humboldt*. Creo que si el noble y célebre Barón no hubiera exagerado una riqueza que, al cambiarse el régimen industrial del mundo, tenía que convertirse en triste pobreza, Napoleón no habría sido engañado, Maximiliano hubiera permanecido Almirante de Austria, la Princesa Carlota no habría tenido motivos para que primero la enloqueciera la ambición y luego la desgracia, y no hubiera habido ni Imperio ni Intervención."

He aquí juzgado y sentenciado por el Sr. Bulnes el Barón de Humboldt, como un gran culpable, no sólo por los desastres antes mencionados que causó con su libro, sino también por los inmensos males que originó la intervención á México.

Si vivieramos en alguno de los Siglos anteriores al nuestro, el Sr. Bulnes ordenaría que se ahorcara en efigie al Barón de Humboldt y que su libro se quemara por mano del verdugo.

Siguen tres capítulos, «*La Maldad caballeresca de Maximiliano*»—«*El Derrumbe*» y «*El Duelo entre dos Perfidias*» que no tienen relación alguna con la cuestión sensacional que ha agitado á toda la República, y que no son más que *variaciones* algo monótonas de lo que en otros Capítulos había dicho ya el Sr. Bulnes.

El siguiente Capítulo, llamado «*El golpe de Estado de Juárez*», por excepción, no contiene ataque alguno al Sr. Juárez; al contrario, justifica el decreto de 8 de Noviembre de 1865.

Pero hay un Capítulo VI, «*Los Ultimos Graves Errores de Juárez*», que sí necesita serias y formales rectificaciones.

El primer error que según Bulnes cometió el Sr. Juárez fué el de debilitar las fuerzas del Gral. Escobedo para destinar parte de ellas á arrojar de Matamoros al Coronel Servando Canales, que ocupaba ese puerto como Gobernador del Estado de Tamaulipas, puesto que había usurpado rebelándose contra el General Garvajal, Gobernador legítimo de dicho Estado.

Y juzgando ese acto que califica de error el Sr. Bulnes, dice este autor que con él se estuvo á punto de dar el completo é inmediato triunfo á los imperialistas, y de retardar por años y con gasto inmenso de sangre y recursos nacionales la soberanía de la causa liberal.

Agrega además el Sr. Bulnes que «este error ha sido calificado por los enemigos del Sr. Juárez como un desenfreno de ambición, capaz de sacrificar en sus aras los intereses más sagrados de la patria.»

Es inútil consignar aquí que entre esos enemigos del Sr. Juárez, casi todos traidores y clericales, figura en primer termino, como el más encarnizado é implacable, el Sr. Bulnes; su libro lo comprueba y acaba de demostrarlo este capítulo de su citado libro que voy á refutar.

Comienza el Sr. Bulnes su ataque, forjando y estampando en esta parte de su obra el plan de campaña que, según él, debió seguir «*militarmente y con urgencia* el Gral. Escobedo.»

Es la monomanía del Sr. Bulnes, inventar planes de campaña, movimientos tácticos y grandes evoluciones de guerra; y todo esto tan absurdo y risible como los que hemos visto y analizado ya en otros capítulos.

Si el Sr. Bulnes en vez de haber nacido en el Siglo XIX hubiera vivido en la mitad del Siglo XVI realiza en hueso y carne el personaje inmortal de Cervantes y resulta un Don Quijote de la Mancha entero y verdadero.

Así como ahora el Sr. Bulnes atasca y rellena su cerebro con obras militares, entonces, en aquella edad remota, habría devorado centenares de libros de caballería, únicos que se

editaban sobre acciones de guerra; de tanto leer se le hubiera secado el meollo, se viste una vieja armadura, se ciñe su espada, monta en su rocinante, empuña su lanza se pierde por los inmensos llanos de la Mancha bañados de sol, y yendo en pos de gloria y laureles acomete partidas de borregos, ataca molinos de viento y acaba con los títeres del pobre Maese Pedro.

Pasaron ya los tiempos de la caballería andante, y esa literatura murió agobiada por la magnífica caricatura que hizo de ella el gran Cervantes.

Pero, por desgracia para el Sr. Bulnes, se publican hoy muchas obras sobre el arte de la guerra que aquel Señor lee con furor, produciéndole un delirio bélico incurable.

En este delirio ataca todas las providencias que dictó el Sr. Juárez, censura todos los actos militares de los jefes de aquella época, y señala el camino que debieron seguir.

Dice el Sr. Bulnes:

" Lo indicado militarmente y con urgencia al General Escobedo, por las circunstancias, era internarse violentamente en el país, ocupar las ciudades de recursos defendidas por tropas mexicanas imperialistas, como Aguascalientes, Guanajuato, Guadalajara y Zacatecas, barriendo con 10,000 ó 12,000 hombres á las fuerzas mexicanas imperialistas *torpemente diseminadas en una inmensa región. Tal operación debía hacerse, por supuesto, sin buscar contacto con las tropas francesas, ni hostilizar sus líneas estratégicas de retirada*, conforme á la orden de evacuación de México, que había recibido de París."

Hay que advertir que estos movimientos estratégicos que tenía que ejecutar Escobedo, debían efectuarse en Octubre de 1866, según indica el Sr. Bulnes en su admirable plan, que no se ejecutó, dice este Señor, por haber obligado el Sr. Juárez á Escobedo á que diera tropas para sofocar la rebelión de Canales, teniendo después que marchar sobre Matamoros el mismo General.

Ahora bien, es muy fácil demostrar lo descabellado del plan de campaña de Bulnes, con las mismas ideas que en él expresa el Sr. Bulnes.

Pone este Señor por requisito indispensable para la ejecución de su plan que las tropas de Escobedo *evitaran todo*

*contacto con las tropas francesas y que no las hostilizaran en sus líneas estratégicas de retirada.*

Pues eso era materialmente imposible.

Si el General Escobedo con sus 12,000 hombres tenía que ocupar á Aguascalientes, Guanajuato, Guadalajara y Zacatecas, en Octubre de 1866, era forzoso que las fuerzas republicanas chocaran y se batieran con las fuerzas francesas que en ese mes, y aun en el siguiente, ocupaban esas ciudades.

¿Por qué no consultó el Sr. Bulnes el libro de Niox antes de formular su plan de campaña, para saber qué líneas de retirada ocupaban en Octubre de 1866 las tropas francesas?

En la página 669 del libro de Niox, que ya debía saberse de memoria el Sr. Bulnes, este Señor pudo ver lo siguiente:

«La última porción de las tropas francesas, que habían quedado en el Estado de Jalisco, se replegó detrás del 52 de línea. Guadalajara fué entregada á las tropas mexicanas (imperialistas) mandadas por el General Gutiérrez el 12 de Diciembre (1866)»

Ya vé el Sr. Bulnes que el Gral. Escobedo no podía avanzar sobre Guadalajara, en Octubre de 1866, sin ponerse en contacto y hostilizar la línea de retirada de la división Castagny, que hasta Noviembre de dicho año se dirigía haciendo jornadas cortas á México desde Tepic, donde había recogido las del Coronel Roig que tan penosa como vergonzosamente habían desocupado á Mazatlán.

Recuerde el Sr. Bulnes que Castagny, para favorecer la retirada de las tropas francesas de Jalisco y Sinaloa había tenido que retroceder desde León y Zacatecas con una columna ligera, dejando en estas dos ciudades escalonada el resto de su división.

Luego el Sr. General Escobedo, aunque imperiosamente se lo ordenara Bulnes, no podía amenazar siquiera á Aguascalientes, Zacatecas y Guanajuato.

Sería muy conveniente que el Sr. Bulnes, antes de forjar sus originales planes de campaña estudiara el plano de la República y fijara en él los puntos que ocupaba el ejército francés.

El ejército liberal ocupó á Zacatecas hasta el 26 de Noviembre, cuya ciudad desocuparon cobardemente los impe-

rialistas; y hasta el 28 de Diciembre abandonó Castagny á León con el 18 de cazadores y el 7º de línea.

Por el lado Nordeste, que era la línea por donde tenía que operar y salir Escobedo, en Septiembre del mismo año de 1866 estaban tendidas las tropas franco-mexicanas hasta Matehuala.

El 25 de Octubre Donay destruyó las fortificaciones de Matehuala y en los días 27 y 28 desocupó la plaza.

Ante la verdad de estos hechos se comprueba que era irrealizable la operación militar que con el carácter de urgente reclama el Sr. Bulnes, y que si se hubiera ejecutado habría producido una colisión peligrosa en el ejército francés.

De mayor urgencia era sofocar la sublevación de Canales, como demostraré después, aunque esto retardará algo los movimientos del ejército de Escobedo, cuyo retardo en nada comprometía como no comprometió, el éxito final.

Pero aun adolece el plan de campaña de Bulnes de un defecto capital; quiere dicho Señor que el General Escobedo cometiera el error militar que el Sr. Bulnes dice que cometieron los imperialistas.

Según palabras textuales del Sr. Bulnes «*las fuerzas mexicanas imperialistas estaban torpemente diseminadas en una inmensa región.*»

Y en esa inmensa región, «*como Aguascalientes, Guanajuato, Guadalajara y Zacatecas*» según el Sr. Bulnes, debió «operar *violantemente* Escobedo, internándose en el país para ocupar dichas ciudades.

¿Y cómo podía maniobrar para esa ocupación el General Escobedo,? pregunto yo.

¿Con sus 12,000 hombres reunidos? Pues eso era un disparate, porque no se necesitaba una fuerza tan numerosa para vencer á las guarniciones imperialistas que ocupaban dichas ciudades.

El General Antillón con cuatrocientos hombres de caballería, mal armados, desnudos y en su totalidad gente colecticia y otros cuatrocientos que le llevó el coronel José Rincón Gallardo batió en las orillas de Guanajuato á la brigada del jefe imperialista Liceaga, la persigió por la Cañada de Marfil, la destrozó enteramente en las calles de la ciudad, la que ocupó definitivamente, haciendo al enemigo un gran número de

prisioneros, y apoderándose de un buen material de guerra Liceaga se escapó acompañado de algunos oficiales.

El General Escobedo no debía emprender con 12,000 hombres esa operación militar tan innecesaria como torpe, pues hubiera perdido mucho tiempo en consumarla.

Es que el Sr. Bulnes ignora el número de leguas que hay desde Matehuala á Aguascalientes, y de esta ciudad á Guadalajara.

¿Dividía el Gral. Escobedo sus 12,000 hombres, para ocupar violentamente las mencionadas ciudades? Entonces el General Escobedo cometía el mismo error táctico que Bulnes reprocha á los imperialistas, *diseminar torpemente sus fuerzas en una inmensa región.*

He aquí otro fiasco militar del gran táctico Bulnes.

Los comentarios con que el Sr. Bulnes ornamenta su plan de campaña son tan absurdos como el plan mismo.

Dice Bulnes que si Escobedo hubiera seguido en 1866 el plan que formula Bulnes en 1904, *treinta y ocho años después*, ni hubiera tenido como enemigo á la Legión extranjera, y *Méndez se hubiera quedado, como se quedó vacilante en Michoacán y desmoralizado.*

Pues si Méndez *se quedó desmoralizado* en Michoacán, á pesar de que Escobedo no penetró violentamente al interior del país, nada importó, para la desmoralización de Méndez, que Escobedo hubiera aplazado esa operación para reducir al orden á Canales.

En cuanto á la Legión extranjera nada tenía que temer el General Escobedo; esa Legión desde Junio de 1866 no tomaba parte activa en las operaciones de guerra; la última que ejecutó fué enteramente pasiva.

Me refiero á la combinación hecha entre Mejía y los franceses para pasar de Matamoros á Monterrey un convoy de mercancías. Y á la vez una fuerza francesa conduciendo una conducta de dinero que debía salir de Monterrey al encuentro de las fuerzas de Mejía, entregar á éstas la conducta para que la llevaran á Matamoros y recibir de ellas el convoy para Monterrey.

El 8 de Junio el teniente coronel de Tucé salió de Monterrey con 2,000 hombres y seis piezas de artillería; componían su columna dos batallones de la legión extranjera, destacamentos de belgas y mexicanos y alguna caballería.

Pero de Tucé no pudo llegar á unirse con las fuerzas de Mejía, que escoltaban el convoy á las órdenes de Olvera, porque estorbaron su avance algunas caballerías de Escobedo.

Dejó de Tucé su impedimenta en Cerralvo con un destacamento belga y con el resto de la fuerza llegó á Mier, donde supo la completa derrota de Olvera.

En efecto, en las lomas de Santa Gertrudis había sido hecha pedazos la división de Olvera, quedando en poder de Escobedo el convoy, once piezas de artillería de batalla, todo el parque y armamento del enemigo y mil doscientos prisioneros, entre éstos ciento sesenta extranjeros, la mayor parte austriacos y algunos americanos del Sur.

El viejo cacique Olvera, de cuyo generalato se reía Mejía, huyó con cien hombres hacia Matamoros y de Tucé se retiró violentamente á Monterrey perseguido por las caballerías republicanas.

Esto acontecía el 15 de Junio de 1866.

El Mariscal Bazaine, que había marchado violentamente á San Luis para reconocer la verdadera situación militar de la frontera, el 9 de Agosto de 1866 tomó de nuevo el camino de México dejando organizada la retirada de sus fuerzas.

Las tropas francesas se fueron concentrando lentamente; pero la legión extranjera, á fines del mes de Agosto, estaba ya en Querétaro reorganizándose y marchando después á México y á Puebla.

Me he detenido en estos detalles para demostrar que el táctico Sr. Bulnes, al formular sus planes de campaña, ni siquiera estudia las posiciones del enemigo y las fuerzas con que cuenta éste.

Siguen los comentarios del Sr. Bulnes:

Si el General Escobedo, dice este Señor, hubiera obrado como debía, habría destrozado las diseminadas fuerzas imperialistas "antes que de México hubieran podido recibir órdenes de concentración, porque en esos momentos Maximiliano se había retirado á Cuernavaca para hacer reflexiones

"sobre la política de los coleópteros y para satisfacer las vibraciones poéticas de sus exquisitas fibras de artista."

Esto, según Bulnes, se refiere á los movimientos que debió ejecutar el General Escobedo en Octubre de 1866.

Compadece la profunda ignorancia del Sr. Bulnes en historia patria.

En Octubre de 1866 Maximiliano no estaba en Cuernavaca cazando mariposas ni buscando insectos raros con el profesor Bilimeck.

El 16 de Octubre de 1866 recibió Maximiliano en México dos despachos telegráficos, venidos de Europa, en los que se le participaba que la archiduquesa Carlota había perdido la razón.

Dos días después se retiró á Chapultepec, donde á nadie, ni á los Ministros, quiso recibir, y el 21 de Octubre, á las 4 de la mañana partió para Orizaba, adonde llegó el 24 á las cuatro de la tarde.

En esa ciudad fué donde Maximiliano consagraba algunas tardes á sus excursiones de naturalista; pero según afirma su médico y acompañante el Dr. Basch, esos paseos tenían por objeto conferenciar reservadamente con Miramón, fuera del espionaje de los franceses.

Persistiendo en sus falsas y absurdas conjeturas, insiste Bulnes en afirmar que "si no se hizo oportunamente imponible la reorganización militar del partido clerical, que se presentó audaz y vigoroso en Querétaro, fué por la funesta intervención de Juárez, ordenándole que diese gran parte de sus fuerzas al General Tapia para que este jefe marchase á castigar á Canales. Y como, agrega Bulnes, los 1,500 hombres al mando de Tapia, separados de las fuerzas de Escobedo, no podían tomar una plaza bien fortificada, bien artillada y bien defendida como la de Matamoros, el General Escobedo tuvo que mandar á Tapia un número mayor de fuerzas, con lo que quedó lastimosamente debilitado para continuar la urgente campaña contra el imperio."

La manía que tiene el Sr. Bulnes de emplear en sus escritos palabras rimbombantes y estrepitosas, lo hace presentar los hechos ó sucesos que refiere enormemente abultados.

Y por eso hace creer á sus lectores que, gracias al sitio